

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

19/2016

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Carlos VII. Cartas familiares. Estudio preliminar y edición de Francisco Javier Caspistegui. 2 vols., Pamplona, Sancho el Fuerte Publicaciones, 2016
(Ignacio Olábarri Gortázar)
pp. 597-602



Universidad
de Navarra

Carlos VII. Cartas familiares. Estudio preliminar y edición de Francisco Javier Caspistegui. 2 vols., Pamplona, Sancho el Fuerte Publicaciones, 2016. 856 p. + XCVIII+518 p. ISBN: 978-84-944625-0-4. 850€.

Vol. 1. Edición facsimilar de las Cartas. Vol 2. El espacio íntimo de la familia del pretendiente Don Carlos a través de su correspondencia. Estudio preliminar de Francisco Javier Caspistegui. Carlos VII. Cartas familiares. Transcripción, traducción y edición de Francisco Javier Caspistegui. Índice onomástico y toponímico de las cartas. Europa en 1900. Cuadro genealógico.

El libro que presentamos es una afortunada combinación de la tradición crítica de los historiadores occidentales al menos desde el siglo XVII y de la aproximación más moderna al estudio de una familia «especial» —una familia (R) real, aunque no ocupara ningún trono que no fuera el del corazón de sus seguidores—, a través de lo que revela una parte de su correspondencia: la que se encuentra depositada en la actualidad en el Archivo General de la Universidad de Navarra.

En su estudio preliminar el profesor Caspistegui comienza refiriéndose a la biografía de Margarita de Borbón Parma, esposa del pretendiente Carlos VII de Borbón, que en 1969 publicó Ana de Sagrera —Ana María de Azpillaga y Yarza (San Sebastián, 1918)—, la única publicada al margen del carlismo, que —como todas las de su autora— se puede definir como una biografía cortesana, que tuvo «una general aceptación (...) entre los carlistas, dada la imagen amable que de doña Margarita se proyectaba, muy al hilo del mito construido sobre ella como “el ángel de la caridad”» (p. XIV). Está muy en su lugar esa referencia inicial a la biografía de Sagrera no solo porque sabemos que ella manejó el epistolario que ahora se publica sino también por el «especial protagonismo» (p. XXII) de doña Margarita —y de su hija Beatriz— en el propio epistolario.

El editor estudia también la correspondencia como género, que se reconoce como tal a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. El siglo XIX supuso «el triunfo de la burguesía y de la correspondencia como forma de expresión (...); el epistolario, actuando sobre un espacio que contribuyó a abrir, se aprovechó de la modernización en curso y de la movilidad de las personas, convirtiéndose más en un género cultural que en el género literario que había sido. Lo que en el siglo XIX se produjo fue la generalización de la correspondencia como territorio de la antropología más que de la literatura» (pp. XV-XVI). Se ofrece también un breve estado de la cuestión sobre las pocas publicaciones de epistolarios centrados en el mundo carlista y se subraya —aunque volveremos luego sobre este asunto a mi juicio medular— la condición ambivalente del epistolario que se ofrece, a un tiempo público y familiar.

RECENSIONES

Dicha condición se explica en parte por el mismo carácter del epistolario que se publica: se trata de la correspondencia (189 cartas) entre algunos de los representantes de la familia real carlista y los receptores de la misma, el matrimonio formado por el carlista navarro Miguel de Ortigosa y la que desde 1895 sería su mujer, la condesa italiana Luigia Cocastelli, tanto mientras estuvieron al servicio de la familia del pretendiente como una vez que dejaron esa actividad. El editor analiza bien el significado del distinto número de cartas por remitente y de cartas por año. Casi el 80% del total de las cartas está vinculado a cuatro personas: Margarita de Borbón, esposa del pretendiente (53 cartas), su hija Beatriz (54), su hijo Jaime (28) y su hermana Alicia (16). «La razón de este predominio está en que Ortigosa fue preceptor de don Jaime, lo que explicaría el abundante tráfico epistolar con su madre y también la relación con él del príncipe —luego pretendiente— una vez terminado el trato más directo. Además, Luigia Cocastelli estuvo también a cargo de Beatriz, Elvira y Alicia, lo que explicaría el intercambio de cartas con ellas» (p. XXII).

También es significativo que el propio Carlos VII únicamente sea el autor de seis cartas de este epistolario: una carta que es, además, la primera —dirigida a su único hijo varón, Jaime, que entonces tenía doce años, desde Zurich el 23 de mayo de 1886— es quizá la más política de todas las que ahora se publican: «al saber la noticia del nacimiento del hijo de Alfonso [Alfonso XIII, hijo de Alfonso XII, nacido el 17 de mayo de aquel año] me vine a Suiza para protestar más libremente contra la nueva usurpación cometida con la proclamación del nieto de Isabel [Isabel II, que, como él, vivía en el destierro]» (p. 3); cuatro cartas más, todas de 1887, también breves y dirigidas también a su hijo, en las que solo cabe mencionar ese «me alegro que leas los libros que has recibido de España y te instruyas aprendiendo las cosas de nuestra Patria» (p. 9); y, por último, una también muy política, dirigida el 12 de junio de 1888 a Miguel Ortigosa: acababa de producirse la escisión integrista y parte de la familia Ortigosa —al menos dos hermanos de Miguel, Pedro y Juan— se vinculó al partido de los Nosedal. De ahí los términos de la breve y contundente carta del pretendiente: «estoy indignado con *El Tradicionalista* [el portavoz del integrismo en Navarra] por su incalificable conducta. Tú que eres amigo de sus sostenedores, hazles saber que es mi voluntad que ese periódico se corrija o que lo maten» (p. 19).

Del análisis del número de cartas por año del epistolario se obtienen otras dos conclusiones: que la mayor concentración de cartas se produce entre 1890 y 1892, los años en los más presente estuvo la preocupación por la trayectoria de don Jaime y, por consiguiente, más activa se mostró su madre; y el nuevo pico de 1894, «en buena parte por los cambios que produjo la nueva boda del pretendiente [con Berta de Rohan, celebrada un año después de la muerte en 1893 de doña Margarita], comenzando por la propuesta de cese de la actividad de los Ortigosa y la necesidad de buscar alternativas» (p. XXIII). Por último, llama la atención el predominio de la familia Ortigosa como destinatarios de las cartas

RECENSIONES

(77 él y 103 ella) y el que, de las 189 cartas que se publican, 139 fueran de autoría femenina, algo que el editor atribuye a la capacidad de relación entre mujeres y que le lleva a hablar del intercambio epistolar «como un factor en la construcción de un 'nosotros', de una comunidad femenina sin fronteras, y creador de formas de sociabilidad marcadas por una reflexión llevada a cabo en este espacio por mujeres, cuestionando los antagonismos tradicionales entre sexos y entre esfera pública y privada» (p. XXIV).

El estudio sigue con una presentación de Miguel de Ortigosa: se estudian su contexto familiar —tanto Miguel como su padre eran navarros, carlistas y militares—, su biografía, su nombramiento como ayo de don Jaime, su boda en 1895, y la búsqueda por el matrimonio de un acomodo cuando, después del fallecimiento de doña Margarita, ambos dejan de estar al servicio de la familia carlista.

Caspistegui titula el último epígrafe de su estudio preliminar —que la lectura de las cartas no hace sino confirmar— «La familia de Carlos VII: una realidad diferente». Diferente, en primer lugar, de la imagen que ofrece Ana de Sagra en su libro de 1969: aquí aparecen en toda su crudeza los problemas en la educación de los hijos, y en particular la preocupación de Margarita por su hijo y futuro pretendiente Jaime, reflejada en todas las cartas que remite a su preceptor, Miguel Ortigosa.

Las preocupaciones de la madre van de lo más elemental —«en cuanto a modales dile lo que quieras, porque *todo* el mundo nota que los tiene pésimos» (p. 17); «siento mucho lo de la pereza pero temo mucho sea una cosa temperamental de familia pues Beatriz, que es bien activa, y Elvira son exactamente lo mismo, y se sienten verdaderamente mal cuando madrugan, esto no impide que las 10 no sea una hora bastante escandalosa y que le vendría bien la vida de la Academia para obligarle a levantarse temprano» (p. 73)— a lo más serio: el porvenir «profesional» de Jaime —acabará ingresando en la Academia militar de Viena—, su vida sentimental —nunca se casó, al parecer por las presiones de la madre de Alfonso XIII, tan bien relacionada con todas las dinastías reinantes en Europa; no habla del tema a Miguel Ortigosa, aunque su madre temía el influjo que podía tener en él el donjuanesco Carlos Calderón (pp. 23-4, 61, 64)—, su lenguaje y sus exabruptos —por ejemplo: el «no tener ocupación se lo debo a la maldita Cristina de Habsburgo y Co [a la que atribuía la decisión de Francisco José de Austria de impedirle ingresar en el ejército imperial] que me ha j--- impidiéndome siguiese en el ejército (perdona la expresión académica)»; otro ejemplo, su reacción ante la derrota italiana en Adua frente a los abisinios: «estoy orgulloso de ser español y doy gracias a Dios de no ser de la raza bastarda italiana» (p. 268); sus opiniones políticas —la entrevista que, formando parte del ejército zarista, al que se había incorporado en 1895, le hizo el diario francés *Le Matin* y que sintetiza bien el editor de las cartas (cf. pp. LXXV-LXXIX) y que lógicamente le enfrentó con su padre—, su afición al juego y a los caballos, que

RECENSIONES

no oculta a Ortigosa (pp. 251-255, 267-274), sus palabras despectivas hacia los comerciantes judíos (pp. 271, 281) que también emplea su hermana Beatriz (pp. 155, 339). Pero con su llaneza se hace querer: así termina la primera carta que le escribe a Ortigosa, de 21 de enero de 1889, con un sencillo: «Adiós, querido Miguel. Recibe un apretón de manos» (p. 36).

Pero ya es hora de dejar de hablar del hijo varón y de recordar la trayectoria de las cuatro infantas. Blanca, la mayor, la que durante más años estuvo cerca de su madre Margarita, casó en 1889 con un integrante de la familia real austríaca, el archiduque Leopold Salvator, alumno de la academia militar austrohúngara en la que se quería que ingresase —como así fue— don Jaime. Elvira —con la joven Luiglia Cocastelli como tutora— se mostró tan difícil de educar como Jaime, tanto por su mala salud como por su carácter rebelde. Como bien dice Castistegui, «desde la muerte de su madre, a comienzos de 1893 [tenía Elvira 22 años] había perdido la sombra tutelar que ordenaba la vida cotidiana y todos sus altibajos. En 1896, en medio de una nueva crisis de salud (cf. p. 277), se produjo la fuga de doña Elvira con el pintor Filippo Folchi, con el que tuvo tres hijos y al que abandonó hacia 1906. Tampoco les fue bien en sus matrimonios a las otras dos infantas: Beatriz, casada en 1897 con el noble italiano Fabrizio Massimo, de quien tuvo cuatro hijas, se separó definitivamente de él en 1907» (cf. pp. 421-426). En cuanto a Alicia, casada también en 1897 con el alemán Frederick Schönburg, del que tuvo un hijo, vivió un también breve matrimonio en el que pasó de ser «cada minuto más feliz» a experimentar una completa soledad (cf. pp. 297-8, 350, 369-372, 377-8). En 1901 el matrimonio hacía aguas y Alicia rompió con su marido uniéndose a Lino del Prette, con el que se casó en segundas nupcias en 1906 (cf. pp. 440, 463-464) y del que tuvo nueve hijos.

La figura que más destaca en este epistolario es la de Margarita de Borbón Parma. Es el prototipo de la madre cristiana, preocupada por la educación, pero también por la felicidad de sus hijos. En sus cartas a Miguel Ortigosa alterna los consejos al preceptor con las excusas por los defectos de su hijo. Me parece muy significativo el siguiente párrafo de su carta de 3 de enero de 1889: «Ahora vengo con todo el cariño verdadero que te tengo —le dice a Ortigosa— a hablarte de lo que tanto nos interesa, es decir, de Jaime y de su porvenir. He pensado mucho en ello, y espero tú encuentres por ahí *quien* te pueda aconsejar bien, pero te lo ruego, déjate en lo que puedas el corazón a los pies de Nuestro Señor, y haz todo el acopio de cachaza posible, pues tú eres como un enamorado a quien la novia no hace caso, y cuanto más ve ella que se desespera peor será. Creo que sin ser serio como eres alguna vez (por fuera) o brusco, debes traer toda la calma posible, y vamos a emprender verdaderamente poco o mucho de meter algo en la cabeza de Jaime» (p. 29). Este sabio consejo le gustó a Ortigosa —«pienso enteramente como V.M. y me he reído mucho con la comparación que hace del novio desdeñado» (p. 31)— que aprovecha para contarle sus penas a su reina (pp. 31-2), quien le aconseja sincerándose con él: «¡Ah!, ¡mi buen Ortigosa! ¡a quién le

RECENSIONES

cuentas tú que alguna vez no puede uno más por dentro y tiene que parecer alegre! ¡eres joven todavía y nunca has estado casado! ¡no sabes pues lo que son esas procesiones que van por dentro y que hay que dejar pasar! ¡es verdad que cada uno no siente más que su propia cruz!. Pero dejemos esto y vamos a Jaime. Yo creo precisamente que Jaime es terriblemente añorado todavía, y que sin tratarlo como a un niño hay que tener esto en cuenta para muchas cosas» (p. 33).

Hay otros muchos consejos más de una madre buena que también se desahoga otras veces con Ortigosa —«no me dejan respirar» (p. 37)—. Respecto a los estudios de su hijo: «Creo —le dice a Ortigosa— que *debes* hacer un plan de estudios y un reglamento del que no se debe apartar y empezar por ser tú mismo exacto a las horas y que Jaime *vea* que estás *siempre* al tanto de lo que está haciendo; creo que es imposible hacerle estudiar de un modo seguido como quien tuviera que pasar un examen, y que muchas cosas hay que metérselas en la cabeza en conversación, a veces cambiando de argumento, cuando se ve que no quiere hacer caso» (p. 33).

También creo que Margarita acierta en su criterio sobre la correspondencia directa con su hijo: «mucho te agradezco —le escribe el 15 de diciembre de 1889 a Ortigosa— las noticias que me das pues Jaime escribe poco, y te agradezco lo que me dices de él, y que desea tanto mis cartas, las menudearé pero no quiero acostumbrarle de lejos a parecer darle cuenta de lo que hago (...). Comprenderás que a veces temo que escribiendo a J suceda lo que con las conversaciones, es decir, que lo cuente y repita todo (no se lo digas) pero veré de escribir más, y te ruego me digas siempre todo pues con él no haré nunca alusiones a tus cartas» (p. 43).

Pero siempre salta la reacción de una verdadera madre —«te suplico si no quieres que me apene otra vez de decirme siempre la verdad» (p. 49), le escribe a Ortigosa con ocasión de una enfermedad de su hijo— y de una madre cristiana: la reacción ante una mala noticia sobre el comportamiento de Jaime, que al parecer maltrató a un miembro del servicio, fue: «¡Lo único que hago es rezar!», seguido de un «será menester hacer comprender a Jaime que de este modo se hará una reputación detestable, y si pasan cosas así no puede ni soñar en ir a una academia militar» (p. 47).

La religiosidad de la familia Borbón Parma parece incuestionable. Sorprende lo que la madre de doña Margarita, Beatriz de Austria-Este, le escribe en diciembre de 1889 a su nieto Jaime, que había estado gravemente enfermo: «Aprovecha de este favor del Cielo y de este tiempo para hacerte *Santo*, pues sólo por este fin ha Dios escuchado nuestras plegarias» (p. 9).

Pero la abuela y la madre se nos presentan muy distintos a la siguiente generación que, como afirma el editor de este sugerente epistolario, es ya 'moderna', no tanto porque utilice el automóvil, el teléfono o la máquina de escribir (algo que también hacía doña Margarita), sino porque —como ocurría ya en muchas de las familias, aristocráticas o burguesas, de su entorno, para las que cons-

RECENSIONES

tituían un ejemplo, en un sentido u otro—, parece que el valor último ya no es una vida al servicio de la comunidad, sino la búsqueda, aun dejando de lado los deberes de familia —de una familia, ya lo he dicho, (R)éal, que, como la de Jean d’Ormesson, vive «au plaisir de Dieu»— de la felicidad personal. El ambiente de don Jaime y de las infantas Elvira, Beatriz y Alicia nos recuerda al que dibujan en aquel cambio de siglo escritores como Henry James o, poco más tarde, Edith Wharton; y nos daría muchas luces una doble perspectiva comparada: la de la familia aquí estudiada con la de los Borbones que ocupan el trono de España —¡cuántas similitudes, aun sin olvidar las diferencias! — y las de la familia real carlista con la familia Ortigosa-Cocastelli que le servía —también Miguel y Luitglia tuvieron cinco; en 1897, al parecer por decisión de don Carlos, dejó de estar a su servicio y tuvo que buscar otros acomodos, aunque la relación entre las dos familias no desaparece del todo (cf. pp. XLVI-LIII). En cualquier caso, una obra como la que reseñamos permite plantearse importantes problemas de historia política y antropológica y, al mismo tiempo, disfrutar mucho de su lectura.

Francisco Javier Caspistegui es profesor de historia contemporánea en la Universidad de Navarra. Ha dirigido su atención, entre otros temas, a la historia del carlismo, sobre lo que ha publicado *El naufragio de las ortodoxias* (1997); *Aventuras de un "gentleman" en la tercera carlistada: imágenes de la sanidad en guerra, 1872-1876* (2007) (con Pablo Larraz y Joaquín Ansorena); *Una historia por descubrir: materiales para el estudio del carlismo* (2010); y *Diario de campaña de Zumalacáregui* (2013).



Ignacio Olábarri Gortázar
Universidad de Navarra